

# Primacía de Córdoba en la Medicina árabe de Occidente

Por el Doctor Tomaso Sarnelli

**Empezamos por Córdoba, que es la metrópoli de todas las ciudades de España. Quienes la fundaron la establecieron para la eternidad. Ahmed al-Razi (siglo X). Descripción de España.**

**Sin la sed de saber y de comprender de la Cristiandad occidental, sin su unidad espiritual, sin su libertad de espíritu, sin su fe en la verdad y la gracia, el aporte del pensamiento antiguo, judío y musulmán, no habría alcanzado tan hermosa fortuna y tan maravillosa fecundidad. Henri Terrasse, Islam d'Espagne, 1958.**

Permítaseme ante todo, interpretando de este modo el pensamiento de mis colegas médicos, ausentes o presentes, que se interesan por nuestros estudios, que me felicite vivamente por la organización de este Congreso y especialmente con el P. Pareja que ha deseado incluir en los temas de nuestros trabajos la Medicina árabe.

Siendo cierto que esta es una parte principal e integrante y no marginal, de la cultura árabe, incluso si ha sido hasta ahora olvidada, sin razón alguna, en los congresos de orientalistas, que han seguido casi exclusivamente una orientación filológica, filosófica, sociológica, artística, religiosa, etc., es justo que ello no se continúe una vez más en este país, y en esta ciudad de Córdoba, que cuenta entre los más ilustres de sus hijos de la época árabe a grandes figuras de la Medicina.

Saludamos por tanto con viva satisfacción este signo actual de revalorización por parte de los arabistas de una rama tan importante y vital de sus estudios.

En particular, los médicos occidentales deben alegrarse al vernos aquí reunidos alrededor del tema de la Medicina árabe, puesto que des-

de el aspecto histórico y científico nos pertenece y nos pertenecerá siempre, puesto que no ha muerto. Por el contrario, vive en nuestra medicina, así como no muere, aunque disolviéndose en ella, la sangre de un trasfusor que pasa a otro cuerpo humano y le devuelve la vida.

También estamos aquí para declara nos sus deudores. Como también somos deudores a España, este privilegiado país que ha hecho posible tal trasfusión vitalizadora por la receptividad intelectual y espiritual de su Cristiandad, respecto a las ciencias traídas con la conquista musulmana, más que por un determinado geográfico, inspirándose en un materialismo histórico perdido. Por ello debemos, reconociendo lealmente y proclamando tal verdad, ser felices, pudiendo rendir así un homenaje de gratitud a esta ciudad, a este viejo corazón de **Al-Andalus**, de la España árabe, que nos ofrece, conservando celosamente y embelleciendo sus monumentos —la Córdoba de arquitectura, de García Lorca—, e incluso desvelando otros, el ejemplo más emocionante de lo que puede el amor a la verdad, la belleza y el saber, contra todas las hostilidades y dificultades y por cima de todas las diferencias humanas.

Entre los esplendores de Córdoba, un tardío y nostálgico evocador, al-Maccari, del siglo XVII, señaló como es bien sabido, la inmensa riqueza en libros que poseía y el gran amor que por los libros sentían los cordobeses: "Córdoba es la ciudad donde se encuentra, más que en ninguna otra parte de España, la mayor cantidad de libros, y más que en ningún otro lugar, quienes aman fervorosamente las bibliotecas".

Y con más énfasis, destacó otros versos famosos: "Por cuatro cosas se levanta Córdoba sobre todas las grandes ciudades del mundo: el puente sobre el Guadalquivir y la Gran Mezquita son dos, la tercera es Madinat al-Zahra; pero la ciencia de sus habitantes, que es la cuarta, es la que alcanza mayor valor".

Hay que hacer notar que entre la masa de libros compuestos en Córdoba, bien por cordobeses nativos, o de origen familiar, por educación o elección, abundaban las obras de Medicina. A causa de ello, —y porque los libros tienen un valor indicativo de la altura de los individuos o de los pueblos que los producen—, he querido buscar entre los que nos han sido conservados, aquellos que me autorizasen a medir el nivel alcanzado por Córdoba en el campo de la Medicina, con relación a las restantes ciudades del Andalus, y también la proporción de este con el resto del mundo árabe.

Siguiendo esta línea de investigaciones he examinado diversas disciplinas médicas, propedéuticas y fundamentales, y cada una a través de

la obra más representativa de su desarrollo, a saber: la Anatomía, la Medicina general, la Cirugía, la Oculística, la Obstetricia y la Pediatría, la Farmacología y las Ciencias Naturales subsidiarias.

Para la Anatomía recordará, aunque no sea un tratado aparte, aisladamente, la que se encuentra en cada sección o capítulo principal del



Página del *Libro de los Medicamentos simples* de Ahmed el Gáfequi, que representa el Dar-xisxagan (Ginestra spinosa).

**Kitab al-tasrif (li-man agaza an al-talif)**, el “Libro de la acción”, (de los que son capaces de componer alguna obra), de Abu-l-Qasim al-Zahrawi, nuestro Abulcasis, del siglo XI; y en el **Kitab al-kuliyat fi-l-tebib**, o “Libro de las Generalidades de la Medicina”, latinizado en “Colliget”, de Ibn Rusd, Averroes, del siglo XII, quien nos advierte que es posible aprender la Anatomía, por vía de “el sentido”, **bi-l-hiss**, y de la “observación prolongada”, **tul an-nazr**, exaltando el valor moral y no solamente práctico de la ciencia médica, con la célebre sentencia, no pronunciada jamás en ningún otro lugar de Oriente ni Occidente, y que incluso todavía hoy nos llena de admiración y estupefacción: “Quien se dedica a la Anatomía (¿quién practica la disección?) ve crecer en sí la creencia en Dios”. Digno de toda nuestra atención es el estudio de

F. Rodríguez Molero, aparecido en 1950, sobre "La originalidad y el estilo de la Anatomía de Averroes".

Recordaré también un poema didascálico, **Al-Mudhaba**, "La Dorada", de Ibn al-Munasif al-Azdi al-Qurtubí (el Cordobés), el cual está consagrado solamente a la morfología, en su parte dedicada al **halq al-insan**, la "formación" o "estructura del hombre", aunque juzga el eminente P. Peñuela, que le ha hecho una sabia edición crítica, que es el mejor escrito en la materia sobre todos los demás aparecidos en el mundo árabe en todos los tiempos, que son muy numerosos.

En **Medicina General** (Patología, Clínica y Terapéutica), mencionaré la del mismo Ibn Rusd, Averroes, el más grande de los médicos del Occidente árabe, que puede ser considerado como la suma y modelo de exposición de todos los conocimientos del Oriente y Occidente islámicos sobre esta vasta materia. Es el ya citado **Kuliyyat**, sobre el cual acabo de saber que se trabaja activamente en Granada y precisamente por el P. Rodríguez Molero, que es también médico, quien nos prepara un estudio analítico sobre la patología de Ibn Rusd,, que esperamos ansiosamente.

También en el campo de la Medicina no debemos olvidar la gran autoridad que gozó en la Edad Media el precitado **Tasrif**, de al-Zahrawi, que también espera ser estudiado a fondo. (Permítaseme, aunque se trata solo de una curiosidad bibliográfica, que señale la existencia en el Instituto Universitario Oriental de Nápoles, de una copia árabe, del siglo XVIII, del primer libro de esta obra, que yo encontré en el Yemen en 1932).

Para Cirugía General, puesto que la especial es tratada en los libros o capítulos que tratan de las diferentes especialidades, hay que referirse al **opus magnum** de al-Zahrawi, la **Maqala fi amal al-yad**, o "discurso" o "Tratado de Cirugía", que es la trigésima y última parte de su **Tasrif**, circunstancia que bien merece ser comentada, pues toca de cerca la ética quirúrgica y el eterno y siempre actual dualismo entre la Cirugía y la Medicina. Por el momento me limito a señalar que este tratado, traducido al latín, sirvió de base exclusiva en la preparación teórica y técnica del italiano Lanfranco de Milano, profesor de Cirugía en París en el siglo XIII, quien, según expresión de Portal, historiador francés de la Medicina, sacó "la cirugía francesa de la barbarie".

En **Oculística**, vemos aparecer en el siglo XII, el **Kitab al-mursid fi l-khul**, "La Guía de Oculística", del cordobés Muhammad al-Gafiqui, que ha sido parcialmente editada, traducida y comentada por el ya desaparecido Max Meyerhof. Yo he tenido ocasión de llamar la atención, en la

Enciclopedia del Islam, sobre el mérito de este libro, modelo de exposición en la materia —lo que vale más que cien descubrimientos—, que sobrepasa precisamente en su aspecto metódico y cultural, la famosa obra del iraquí Alí ben Isa, del siglo X, quien fué la mayor autoridad del ramo en Oriente durante siglos, y también en Europa, cuando fué traducido al latín.

En **Obstetricia**, con **Puericultura** y **Pediatría**, otro polígrafo cordobés del siglo X, renombrado por su inmensa erudición, Arib Ben Said al-Qurtubí, nos dejó un **Kitab halq al-ganin wa tadbir al-habala wa'l-maw-ludin**, "El libro de la generación del feto y el tratamiento de las mujeres encinta y de los recién nacidos". Ha sido juzgado por Henri Jahier, profesor en esta materia en la Facultad de Medicina de Argel y fecundo arabista, como el mejor de los tratados especialistas que hayan aparecido en el mundo árabe y en la antigüedad. Nos ha dado una hermosa edición en colaboración con el profesor Nureddin. Este autor hace notar que desde que se escribió tal libro, ha sido preciso esperar cinco siglos en Europa para ver aparecer una obra parecida, como "El Jardín de las Rosas" de Eucaire R'osslin.

En cuanto a la **Farmacología**, que es "una de las glorias de la ciencia médica entre los árabes" (Meyerhof), es a un médico y botánico de Córdoba, nacido probablemente en el Valle de los Pedroches, al norte de la provincia, a quien pertenece el mérito de habernos dado el mejor tratado en la materia aparecido en la Edad Media, tanto en el mundo árabe como en Europa. Considerado como perdido durante siglos, el **Kitab al-adwiya al-mufrada**, "El libro de los medicamentos simples", de Abu Chafar Ahmad al-Gafiqi (siglo XII), a quien se le ha llamado modernamente "el más ilustre farmacólogo del mundo musulmán", solo era conocido por un resumen hecho en Siria —y esta vez era Córdoba la que alimentaba la llama del saber farmacológico en Oriente—, resumen que había sido traducido, incluso impreso en latín, en Europa.

Pero, según tengo escrito varias veces y comunicado al Congreso de Orientalistas de Cambridge en 1954, y al de Historia de la Medicina de Madrid en 1956, yo tuve la suerte tras largas y desfallecedoras búsquedas, de encontrar en Trípoli, de Libia, en 1952, el texto completo de esta obra. Con reproducciones fotográficas se prueba la identidad e integridad del libro, en realidad de una copia, que se habría hecho en España probablemente, o en Túnez, en el siglo XVI o en el XVII, de cuyo último país tengo razones que me inducen a pensar que procede, y cuyas reproducciones ofrezco aquí a los congresistas.

Desgraciadamente no me ha sido posible rendir hoy a Córdoba el

inapreciable servicio de traerle la obra de su ilustre hijo. Solo me resta esperar —contra spem spe ans— que gracias a la cooperación internacional que invoqué, hasta ahora en vano, en Madrid y en Cambridge, esta copia pueda ser confiada a mis estudios, una vez sacada de manos de gentes que no pueden darse cuenta de lo que son las altas y puras exigencias de la ciencia.

En lo concerniente a la **Botánica**, la **Agronomía** y la **Arboricultura**, recordaré que los escritos sobre estas materias subsidiarias de la Farmacología, fueron más numerosos en Córdoba que en parte otra alguna del Andalus (España árabe).

Para la **Zoología**, un libro de Ibn Rusd, el **K'itab al-hayawan**, "Libro" o "Historia de los animales" (comentario de la célebre obra de Aristóteles), ha llegado hasta nosotros en versiones hebraicas, y ello me proporciona la ocasión de informar que recientemente me he podido asegurar que en la Universidad de Pádua se ha conservado siempre, tras pequeñas dificultades causadas por la última guerra, el manuscrito original de una versión latina, hecha en El Cairo en 1554, del primer libro de la obra antes dicha de Averroes, único que conocemos, y que permanece inédito. Acompaño igualmente una fotocopia que hice en 1940, del incipit o comienzo del libro.

Para la **Mineralogía**, por último, debo mencionar al polígrafo al-Magerití, "el Madrileño" (siglo X), a quien llamó Usaybía "de la gente de Córdoba", autor de un libro del que se conoce solo el título mencionado por Wüstenfeld, **Liber de lapidibus pretiosis**.

Permítaseme ahora adelantar mis ideas sobre las obras de los cordobeses que acabo de examinar rápidamente, las cuales, en su conjunto, con las primacías particulares que representan, nos comprueban que Córdoba estaba a la cabeza en el dominio de las ciencias médicas, con relación a los restantes centros culturales del Andalus, que también tuvieron médicos y sabios ilustres. (Bastaría solamente recordar a Ibn Bagga y al israelita Ibn Biklaris, de Zaragoza; al-Becri, de Murcia; Abu Salt, de Denia; Ahmad ben Hasan, de Granada; Ibn al-Baitar, de Málaga; los Beni Zhur, Ben al-Awan, Ibn ar-Rumiya, Abu-l Abbas, al-Ixbilí, de Sevilla, etc.)

Esta primacía, que comprende el Andalus entero, se confirmará con el tiempo, cuando sean conocidas nuevas obras de cordobeses, aunque en el estado actual bastan las conocidas obras cordobesas, junto con las del resto de España para asegurar que se trata de un fenómeno histórico y cultural de excepcional importancia, sobre todo para los europeos, que se impone a toda consideración, a saber: el refinamiento y perfeccionamiento

to que la medicina árabe ha alcanzado con su **tagriba**, al pasar a Occidente, al Andalus, fue aquí, y lo confirmo una vez más, donde alcanzó la altura de los grandes hechos del espíritu, tanto por las reacciones del substracto étnico como por la influencia del profundo sentido moral de los médicos hispano-árabes de gran ciencia y **tekhné**. Por las mismas razones, la medicina árabe se hizo más asimilable para nosotros y pudo pasar en masa de la **himaya**, “protección” de los musulmanes a los cristianos, una y otra iluminadas por la misma **charitas**. Un hecho maravilloso se revela así a los ojos de la humanidad. Musulmanes y cristianos



Página de la *Guía de Oculística* de Mohamed el Gafequi, traducida parcialmente por Meyerhof.

se han combatido y luchado encarnizadamente, sosteniendo y defendiendo los estandartes de sus religiones, pero en nuestro caso, la común religiosidad y la misma concepción original, cimiento de la Medicina —una de las “dos ciencias”, la del cuerpo, siendo la otra la del alma, la religión, para unos, y la “hermana de la caridad” para otros— les encontraban en el mismo camino, recitando el mismo acto de fe, y el filtraje fué tan posible que ha continuado a lo largo de los siglos.

Al islam y el cristianismo al mismo tiempo, debemos la floración y

fructificación de este árbol ibérico, cuya "savia alimentó las raíces orientales", y que había de revelarse tan útil y bienhechor para Europa y el mundo entero. Negar esta verdad bipolar y terminante sería desconocer una de las páginas más gloriosas de la historia de nuestra religión.

Todas estas evocaciones y reflexiones quedarían estériles si dejaran de animarnos en la persecución del fin propuesto. La necesidad de un estudio indicado, extendido a toda la órbita árabe, nos recordará la obligación que tenemos todos, árabes y arabistas, de consagrarnos a ello, siguiendo métodos renovados **a fundamentis**, pues este inmenso campo que solo conocemos en una décima parte, presenta todas las dificultades propias de los territorios inexplorados, surcado de errores inveterados y rancios lugares comunes, y en el que se oyen palabras de desvalorización preconcebida unida a una abrumadora tautología, despreciados por ciertos historiógrafos desdeñosamente lejanos de la cultura árabe y penosamente prisioneros de la retórica del helenismo y la latinidad.

Semejante estudio, profundo como debe ser y extendido a todos los países del mundo cultivados y no solamente a los de la diáspora árabe, puede dar lugar a reencuentros colaborativos, intelectuales y espirituales, mucho más fecundos que los basados únicamente en intereses materiales, como sucedió entre el mundo islámico y la Europa ya unificada por el Catolicismo en la Edad Media. Pero eso no será posible jamás sin la existencia de un centro único que la dirija y coordene las líneas de acción.

El lugar más apto a este fin —estoy convencido de ello hace tiempo— solo podrá encontrarse en los países que bordean el Mediterráneo, centro antiguo, eterno e irreemplazable, de confluencia de diferentes civilizaciones, que solo podrá preparar el porvenir de la Civilización. Vive el nacimiento, el desarrollo admirable, la circulación y la irradiación de este fenómeno mediterráneo por excelencia que fué la Medicina árabe antes de convertirse en fenómeno mundial.

¿En Salerno, por ejemplo, —y en esto yo no querría estar dominado por un encendido amor a mi tierra natal, la Campania—, donde tal Medicina, aun siendo la de los temidos "sarracenos", jugó un papel europeo de primer orden, y donde por las necesidades de una colaboración lingüística, se podría aprovechar la proximidad del Instituto Oriental de Nápoles, el más viejo de Europa? ¿O Córdoba, tan famosa por sus grandes médicos, donde, gracias a sabios iluminados, guiados por un Castejón, biólogo y humanista con alma de artista, florecen las iniciativas destinadas a hacer revivir las soberbias tradiciones locales? O bien, en una ciudad del mundo musulmán moderno, como Túnez, encrucijada entre Oriente y Occidente, tan cercano a Europa y tan vecino de Al-Qayrawan (Cai-

ruán), la fuente de una alta tradición médica norteafricana y asiento de la triada célebre formada por Ishaq ben Inram, Ishaq al-Israilí y Ibn al-Gazzar?

Sea lo que fuere, es preciso comenzar, moverse, trabajar. Movimiento y acción son más que necesarios a nuestros estudios. “La vida de la ciencia está en la acción”. “La ciencia sin acción es como árbol sin fruto”. Son frases de la vieja sabiduría que habla con palabras siempre actuales.

El movimiento, y bien vale la pena insistir en ello y remacharlo, resultará bienhechor también para nuestras relaciones con Oriente. Un gran europeo, Goethe, lo había presentado:

**Sinnig zwischen beiden Welten**

**Sich zu wiegen lass'ich gelten;**

**Also zwischen Ost und Westen**

**Sich bewegen sci's zum besten.**

Nosotros también, médicos occidentales modernos, para reparar nuestros errores pasados y evitar los nuevos, y para progresar, debemos movernos, pero no solo hacia el futuro, sino también hacia el pasado, para escuchar sus enseñanzas. No se trata, entiéndase bien, de intentar refloreecer las cosas marchitas, ni adoptar cuerpos de doctrina obsoletos —aunque estos se aproximen con frecuencia de modo sustancial a muchas de nuestras concepciones “modernas”— sino aprovechar los **durar al-kihma**, “pequeños granos de sabiduría”, que se encuentran con tanta frecuencia al hojear las páginas amarillentas de los médicos árabes de antaño. Nuestra Medicina, indudablemente en crisis de desorientación y deshumanización, amenazada por el industrialismo, la propaganda monstruosa y la fiebre de éxito en el interior de los laboratorios, pero sin un solo cabello de enfermos, tiene fuerte necesidad de ello.

Formulemos por tanto tales esperanzas en el fondo de nuestros corazones, lugar donde las buenas ideas hunden sus raíces. Y cuando en esta encantadora ciudad, donde respiramos el mismo ambiente que respiraron aquellos grandes médicos hispano-árabes, y donde habremos rezado seguramente en los mismos lugares donde ellos rezaron, a su manera, a un solo Dios, y volvamos a nuestros países, podremos repetir, con la satisfacción del deber cumplido, las nobles palabras con las cuales Ibn Gulgul (Aben Cholchol), el médico del último Califa Hisam, terminaba aquí uno de sus libros, hoy perdido: “Dios, en su bondad, me ha dado los medios para realizar mi deseo, que era el de hacer revivir una materia (la cien-

cia de los remedios) de la que yo temí que su conocimiento se hubiera perdido y con ella las ventajas que deben extraerse para la salud de la Humanidad”.

Roma, 1962.

**Tomaso Sarnelli.**

Addenda.

Durante la impresión de estas páginas he leído en “Hespéris-Tamuda” (vol. II, fasc. I, 1961, publicado con retraso en 1963) un artículo del Sr. Rector de la Universidad marroquí, dando dos noticias muy importantes para la historia de Córdoba médica.

La primera se refiere a la existencia en la Biblioteca General de Rabat, del “primer libro” descubierto en Tamagrout por S. Kettani, del **Kitab al-adwiya al-mufrada** de Ahmad al-Gafiqi. Este “primer libro” corresponde con toda posibilidad a la “primera parte”, **algaz al awwal**, (en realidad un poco más del primer tercio), de la misma obra conservada en la Osler Library de la Universidad de Montréal (Canadá), y de la cual se puede hallar un microfilm completo en el Instituto de Cultura Hispano-Arabe de Madrid, al que me fué grato ofrecérselo en 1956.

La segunda noticia es de aquellas que se exagera llamándolas emocionante. Se trata del descubrimiento hecho en Marruecos, —no sabemos el lugar ni la fecha— de un poema médico, conservado ahora en la misma Biblioteca de Rabat, que hasta aquí era completamente ignorado por los bibliógrafos antiguos y modernos tanto de Oriente como de Occidente. Este poema, que tiene el título **Ragaz tawil fi 'ilm altibb**, cuenta “más de siete mil versos”.

Esta inmensa obra didascálica, sin duda la más extensa de toda la literatura árabe de su género, fué compuesta entre los siglos XII y XIII por el gran médico y filósofo, guadijeño de nacimiento, pero cordobés de elección, Muhammad ben Abi Bakr ben Aderrahman, ben Tufayl al-Qaysi. Es decir, es el mismo Ibn Tufayl, amigo y colega en la corte de Yaqub al-Mansur, de Averroes, y el maestro, con este último, de Maimónides, cuyo renombre más imperecedero se lo concedió su célebre obra **Risalat Hayy ben Yaqqzan**.

De este último descubrimiento en particular debemos extraordinaria gratitud a la nación marroquí, pues ha sido ella la que gracias a su gran amor al libro, ha salvado esta preciosa herencia que le había legado el Andalus. Ello constituye un mensaje que comprueba una vez más la unidad cultural y espiritual de los “barrayn”, un reflejo más del destello del gran siglo almohade, el más mediterráneo por ser el más africano y el más europeo de todos los siglos de la historia cultural árabe de Occiden-

te; un anillo más, en fin, que viene a unirse a la brillante cadena de las primacías de Córdoba que he tratado de evocar en las precedentes páginas. T. S. (febrero, 1964).

N. R.—Remtimos al lector erudito al original de este artículo, publicado en francés en *Actas del Primer Congreso de Estudios Arabes e Islámicos*, Córdoba, 1962, editadas en Madrid por el Comité Permanente del mismo, en 1964, y en cuyo original se contienen reproducciones fotográficas referentes a la portada de la obra original de al-Gafiqi, descubierta por el autor en Libia de Trípoli el año 1952, y en la que se lee: "Esta es la cuarta parte de ocho sobre medicina"; otra foto del aspecto del libro entero posiblemente de encuadernación española; una tercera que confronta el mismo capítulo que trata del **Dulb** (*Platanus orientales*, L.) en el manuscrito de Montreal, en el resumen oriental de Barhebraeus (edic. Meyerhoy y Sobhy Bey, Cairo, 1938), y en el manuscrito de Trípoli; una cuarta, también comparativa de un fragmento del final del manuscrito de Montreal y de Trípoli; un cuadro con las equivalencias de los dos alfabetos árabes normal y abgad, tomada de Renaud y Colin; otra foto del inicio del manuscrito del siglo XVIII de la gran obra del Zaharawi (Albucasis) **Kitab al-tasrif**, hallada por el autor en el Yemen y conservado hoy en el Instituto Universitario Oriental de Nápoles (Colección Sarnelli y Etnoiátrica); y una última foto del manuscrito que contiene una copia latina, hecha en El Cairo en 1554, conservada en el Instituto Botánico de la Universidad de Padua, del primer libro del **Kitab al-Hayawan**, de Averroes, y que reproducimos juntamente con esta traducción, en la página siguiente.

AVERROIS CORDUBENSIS DE ANI  
MALIENS LIBER PRIMVS

PROSPERO ALPINO MAROSTICENSI MEDICO ET PHILOSOPHO INTERPRETE  
VNA CVM DIATRATO HEBRÆO PHILOSOPHO CAIRO AEGYPTI  
AN. 1584.  
PROOEMIUM

Voluimus in hoc sermone tradere quædam, et ordines sermoneis, particulares  
in arte speculativa, de rebus animalibus, et hoc quia ordines sermoneis non  
generales tractati sunt in libro de demonstratione. Præcipue particularis dicitur  
et in illo lib. emanat artia, totiusq. artis. Illud, quod hic dicitur, hoc de se dicitur,  
in isto sermone, concluditur post principia super tribus inquisitionibus. Una  
est numerus causarum requisitarum in illa, et quomodo sit proportio rationis  
alterarum. Secunda quomodo reperitur excessus in rebus naturalibus,  
et quomodo illi attribuantur. Tertia quomodo sit via in numerandis sub-  
iectis huius scientiæ, et quomodo, sit ratio doctrinæ, quæ in illa fit. Sed ecce,  
principia erant in illo, et ordinandi in cognitione, et doctrinæ huius specu-  
lative sermoneis. Secunda rationem hanc dicitur in ipso illis  
inquisitionibus, quæ rebus rebus. Præcipue quæ rebus rebus  
Cognitionis rebus rebus in arte, dicitur species differentia differentia species  
Cognitionis, et clarum una est cognitio rebus rebus in arte, et se-  
cunda cognitio ordinis, et non particularis, quæ quilibet speculans in arte  
arte debet, debet speculari. Quomodo, in illa perscrutatio, super illud quod  
erit in ea arte, rebus rebus, quæ sit verum, et super illud quod falsitas  
his dicitur, quod sit falsitas falsitas. Et ideo necesse est ut anteponat spe-  
culationem in arte, et ipse hanc cognitionem sit ante artis speculationem.  
Deo.